

## EL PORVENIR DE COLOMBIA ESTA EN LOS LLANOS

Por: **ROBERTO CONVERS CODAZZI**

1970

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia*

*Número 110, Volumen 30*

1976

Quienes vinieron a Villavicencio, al IX Festival de la Canción Colombiana, después de varios años de ausencia, nos cuentan que encontraron verdaderamente transformada esta ciudad, con sus altos edificios, sus grandes almacenes, teatros, clubes sociales, etc. Con mucha afluencia de gentes en las calles e intensa iluminación nocturna (cuando no hay apagón), a lo cual cooperan, con su aire cosmopolita, los numerosos avisos luminosos. Con una población notablemente crecida, que trae consigo sus impelentes necesidades de alojamiento, tránsito, espacio, y adecuación de espacio para el trabajo.

Pero hay tantas casas buenas que no cambian en Villavicencio: ni su clima, ni su cielo, ni su río; ni han dejado de florecer sus jardines, cuyas flores no cesan de embalsamar el aire; ni brillan hoy con menos intensidad los oscuros ojos de sus mujeres cadenciosas; ni al pasear por sus calles se deja de escuchar un rumor que es como un mensaje que viene de lo hondo de la raza, un rumor apagado de cantos y de músicas.

Colombia tiene muchas y grandes ciudades, en cuyo vasto acervo de tradición cultural o heroica, o bien en cuyo precoz y pujante desenvolvimiento moderno, fincamos los ciudadanos, uno de los motivos de orgullo patriótico. Pero villa como Villavicencio, que, sin herencia de augustos monumentos ni febricitante interés industrial, posea esa indecible y misteriosa cualidad que nombramos encanto, sólo existe una.

Los visitantes que gastan divisas para conocer el extranjero, pueden hablarnos del embrujo de Sevilla, del misterio de Brujas, de la atracción de Venecia, del calor histórico de Colonia, Toledo, Siena, Rotterdam, para no mencionar sino las viejas ciudades de Europa, que se imprimen en la memoria de los viajeros por su tipicidad extrema; y sus calles estrechas, su oscuro paisaje, sus seculares maravillas, su sobresaturación de historia y de leyenda, desfilan en el recuerdo de quienes por allí pasaron, honda y perturbadora poesía.

El encanto de Villavicencio, inmenso como aquellos, proviene de causas diferentes. El atractivo suyo poderoso no deriva en forma alguna de su arquitectura o de su leyenda. Es su ubicación por una parte, y por otra, el espíritu de sus habitantes, lo que parece fundirse, integrarse, cobrar una vida propia, íntima y ardiente, dentro de aquel recinto sencillo donde el hombre y el paisaje se encontraron, comprendieron y fundieron.

La característica de los Llaneros, legatarios del valor épico de los Centauros, ha implicado la conservación celosa y la exaltación sentimental de la raza: su desapego del dinero, su desdén de pompas y vanidades, su sinceridad sin afeites, su hospitalidad cordial y sencilla, su inclinación a la música, su ánimo tranquilo y apacible, que no se irrita ni exalta sino ante la amenaza o perspectiva del abuso, de la arbitrariedad o de la tiranía.

Y Villavicencio, es la puerta del Llano. Recostada sobre los últimos contrafuertes de la cordillera, a sus pies nace la inmensidad de esa llanura ilímite, grandioso fenómeno natural que merecería dilatados viajes de ultramar para ser conocido, con sus morichales, sus esteras y sus ríos. Si el porvenir de Colombia se vislumbra en la industria turística, el porvenir del turismo en Colombia está en los Llanos: comienza en Villavicencio y termina donde se extinguen por el oriente, las fronteras desguarnecidas de la Patria.

